

Esta trama entretiene, mantiene en suspenso, como en las novelas policiales. Sin embargo, creemos que este nudo, este accionar no lo es todo en esta *Noche Ajena*, que no vivió quien más la deseaba desde lo más profundo de su subconsciencia. Destaca el conocimiento clínico de los temperamentos sicopáticos de estos extraños seres. Por ejemplo, es interesante ese complejo de culpa de Daniel que "sueña" que ha asesinado a Alfredo. Es tan vívida, tan veraz esta venganza onírica que se siente asesino y pena por ello. El autor hace un diagnóstico de especialista cuando dice: "la mirada fija en el espacio, los maxilares apretados por temblaqueantes músculos que le impedía gritar sus angustias, se abandonó a sus cavilaciones. "Actuar, actuar" en el ansia del pusilámene. "Oh, por qué no sucederían los acontecimientos de un modo fácil? Acostarse una noche para dormir, y en la mañana siguiente, encontrar cumplidos los objetivos". Y todo movido por el morbo de los celos, ese subproducto del complejo de inferioridad que tanto atormenta a los que caen bajo su imperio. Toda su vida torturado imaginándose escenas agobiantes: "¡Allí mismo surgían las imágenes de los otros dos amándose con incontenible ardor! ¡Besos, besos! Alfredo, como él tantas veces, la besaría también en la oreja menudita y carnosa; y ella, igual que antaño, retorcería su cuerpo para dar a cada una de sus fibras el temple necesario".

Tal vez el personaje que sigue en relieve a Daniel sea la vampiresa Estela, compleja, dominada por el sexo, ambiciosa. Todo un haz de morbos. Para qué analizar a ese ser miserable que fue Pedro Castro, o a ese presumido y narcisista Alfredo o a aquel vegetativo púgil.

En suma, todo un muestrario de patológicos personajes, que dejan un amargo regusto, una opresión, que hacen de *La Noche Ajena* una novela pesimista donde hombres y mujeres son simples muñecos movidos por los hilos muy visibles de pasiones arrolladoras.

La obra está escrita en prosa cuidada, sin alardes literarios, ni técnicas.

L. G.

<https://doi.org/10.29393/At404-64TEJC10064>

Temporal, de HUGO ZOMBETTI, Santiago de Chile, 1962

La lírica más reciente de nuestro país tiende a una expresión sintética cada vez mayor. Predominan los poemas de dimensión minúscula, en contraste con el amplio espacio temático de nuestros poetas máximos, aquéllos "marbiblicósmicos" que bautizara Juan R. Jiménez. La de ahora es una poesía instantaneísta, en que cada poema pretende ser una breve huella de intimidad. Por eso, la intensificación del subjetivismo y la combinación de nitidez y atmósfera —perfil y sugerencia— son los indicios más fisiognómicos de esta poesía.

Zambelli y el libro suyo que comentamos se insertan visiblemente en esta tónica. Su mundo poético es de aire libre, adivinándose en él, estilizado y abstracto, el paisaje de Calbuco. Pero a pesar de esto, los elementos de gran peso físico (el sol, el mar, el cielo) aparecen como desprovistos de carnazón material:

*"Encendió el sol mi vida,
la fuerza que me incita
a buscar en la altura
los prodigios del cielo ...".*

Sol, cielo son aquí imponderables ideales, figuras espirituales del ego poético.

En la misma línea de purificar el poema de lastre material, puede situarse el hábil escamoteo de la anécdota:

*"Pasó la nave mía por la orilla
(cantaron las sirenas)
y nadie bajó a tierra esa mañana".*

La situación vital descrita en el poema queda flotante e incierta, insinuando delicadas proyecciones simbólicas.

En cuanto a su forma externa, la sucesión de composiciones que constituyen el proemario presenta un aspecto casi de diario poético. Los motivos líricos se van desplegando en una gama de estados entusiastas del alma, que determinan diminutos cánticos de maravilla ante la naturaleza. El armonioso vuelo de una gaviota, la chacota múltiple de los estorninos, cualquier estímulo sensible se convierte en misterio gozoso del mundo:

*"Maravilla,
hoy soy tu prisionero".*

Este sentimiento de adoración, de deleitado asombro ante lo visible es auténtico. Según Johannes Pfeiffer, la autenticidad es norma valorativa básica de la lírica. Por lo mismo, es fundamental constatar que en "Temporal" no hay impostación del ánimo. Tanto es así, que ese temple cuaja en un certero producto estilístico que nos ha abierto, en gran medida, el mundo imaginario de Zambelli. ¿Por qué la curiosa convivencia en sus versos del Dios católico con Pléyades, sirenas, Júpiter, Saturno...? Aunque autor de la esplendente creación, Dios se le muestra al poeta demasiado lejano a ella:

*"... los abismos
impasibles de Dios".
"... pues Dios nunca responde
mientras el río pasa".*

En cambio, las delgadas señales mitológicas, indicadoras de lo maravilloso natural, permiten resaltar el sentimiento de goce vital, moderadamente pagano. Paganismo éste que, sin embargo, no halla expresión solamente en la ornamentación con figuras del panteón antiguo, sino que busca reprimarse en los motivos clásicos de la experiencia. Y así, con un ordenamiento

exquisitamente meditado, se pasa rememorativamente hacia el paisaje asoleado y brillante de la Italia mediterránea:

*“Amor, torna a Sorrento,
a su brillante espacio luminoso
donde aún parpadea*

*el naranjo, el olivo...”
“El agudo cantar de la cigarra
doraba la hora breve de la siesta...”*

Lo “temporal” en la línea que representan los poemas se resuelve sensiblemente, pues presenciamos no sólo un transcurso constante sino reminiscencias progresivas. Tiempo suavemente distendido entre el adelante y el atrás de toda vida...

Actitud anacreóntica y forma amatoria asumen, entonces, los últimos poemas del libro. De ahí que se produzca un sintomático desplazamiento hacia el apóstrofe, pues el “tú” lírico, en la figura de una niña de antaño, polariza la corriente de poetización en estas páginas.

A un mundo luminoso y aireado, corresponde un estilo nítido y versos transparentes. Zambelli busca y encuentra la plena simplicidad. En versos tan diminutos como éstos:

*“Vibra la oscura fronda,
la clara tarde pasa”,*

hay una ambición de diafanidad cabalmente lograda. Léxico y sintaxis fluidos, cuidada disposición de los verbos, sutil dosificación de los contrastes hacen de estos versos seres vivos, no meros objetos artificiales. Todo lo cual da efectivo rango poético al libro comentado.

J. C.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *El Padre Las Casas. Su doble personalidad*
Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1963.

Quede dicho desde el comienzo que esta obra del historiador español es una notable síntesis del saber actual sobre Las Casas, a la par que una polémica reactualización de los problemas siempre vivos de la acción de España en Indias. Al negarlo explícitamente, el autor nos hace sospechar lo último “El presente libro no tiene nada que ver con la Leyenda Negra ni con la Leyenda Aurea, falsas las dos. Es un libro de historia”. (pág. XIII). Y es que estudiar la vida y la obra de Las Casas lleva directamente a un enjuiciamiento de la conquista imperial de España. Pero, evitando este segundo aspecto en aras de un campo más ceñido de análisis, dedicaremos esta reseña a fijarnos en la imagen del dominico sevillano que en el libro se nos entrega.

Desde su nacimiento en 1474 hasta 1514, fecha de su conversión a la defensa de los indios, puede precisarse una primera etapa en la vida de